

LIBERTAD

iskra perello



Image not found.

Capítulo 1

Libertad salía todas las mañanas desde su casa hasta la plaza más cercana, se sentaba debajo de un viejo cerezo (en primavera la podías ver danzando bajo una lluvia de pequeñísimos pétalos y entre risas te confesaba que para ella era como la nieve, pero sin el frío.) y comenzaba a increpar con su alegría a todos los dormidos que deambulaban por las diagonales.

El día que la conocí, yo iba puteando a la vida, al sistema y a mi despertador porque una vez más había hecho de la suyas, mientras cruzaba la plaza para ahorra unos minutos. Enfrascada en una lucha con la campera, la mochila, el café, el uniforme, con la voz de mi jefe resonando en mis tímpanos y un humor de mil demonios, me encontré Libertad. Se me planto de sopetón al lado y con un vozarrón salido desde las entrañas del alma, me grito:

- BUENOS DÍAS. ¿A UD. le parece ir por la vida así, chocándose a todo ser que se le cruce, sin siquiera saludar?

Claramente me cague hasta las patas. Pegue un salto, que no tenía nada que envidiarle a un atleta de los juegos olímpicos. Aún sin poder omitir sonido alguno, gesticulando como una loca me fije en la persona que me había increpado de esa manera... Como salida de un cuento fantástico, parada frente a mí con su vestido verde estrellado de lunares blancos y una sonrisa de oreja a oreja, estaba Libertad.

¿Qué decir ante la indiscutible verdad, como responder sin quedar como una zombi más? sin dejarme tiempo a formular una excusa convincente, siguió hablando:

- Me llamo Libertad y regalo sonrisas. No quise asustarte pero si no te despertaba en algún momento te ibas a pisar la trompa y pum! De cara al suelo. Si supieses la cantidad de gente que veo caer, van corriendo enloquecidos, tratando de ganar valla a saber uno que.

Aún sin reponerme del susto y de la sorpresa, atine a balbucear un perdóname, seguido de, es que estoy llegando tarde al trabajo, si quieres más tarde charlamos, dale? Fue un placer Libertad. Mientras tanto ella reía, la verdad mi cara de espanto y sorpresa le causaba mucha gracia, sin contestarme se dio media vuelta y siguió con su tarea diaria.

Claramente llegue tardísimo al trabajar y mientras mi jefe me vociferaba "Aluminé, otra vez tarde? no podes seguir así , tenés que aprender a ser más responsable, sabes cuantos matarían por tener este trabajo? bla, bla, bla..", no podía dejar de pensar en cuantas sonrisas matamos por ir corriendo tras las agujas del reloj. La pregunta me persiguió durante toda la mañana, hasta que al terminar mi jornada laboral me propuse preparar unos mates, volver a la plaza y sentarme a charlar con ese personaje que me regalo un sol entre tantas nubes. Ella seguía ahí, bailando con los

árboles, hablando con los perros y sonriéndole a la vida, me senté a su lado, respirando un poco de esa paz que irradiaba. Danzando entre las palabras, pintando conversaciones de colores me fue mostrando su historia. Me hablo de sus padres, de su madre y sus espíritus, me conto de como una mañana, sin saber muy bien cómo ni porque, mientras se lavaba la modorra del sueño, se dio cuenta que había perdido las sonrisas. Me dijo que las busco desesperada por cada recoveco de su memoria, debajo de la cama, en los bolsillos del pantalón, entre la pila de ropa que esperaba ser lavada, hurgo todos y cada uno de rincones de su húmeda casa, en las carteras, en las libretas (sabía muy bien que a veces se olvidada alguna que otra anotada al borde del renglón) Pero a medida que las agujas del reloj deglutían el tiempo, la realidad se le plasmaba en el rostro, intento con una abrochadora, con la gotita, con plasticola, con cinta, con dos hilitos que iban de las comisuras de su boca hasta las orejas, lloro, grito, pataleo, se cacheteo hasta dejarse los cachetes colorados y NADA, SU SONRISA SE HABIA IDO. Me confeso que en ese momento, sintió como todas la luces se iban apagando, salió a la calle y con las ultimas fuerzas, corrió hasta el cerezo de la plaza. Agotada y llorando, se refugió en las ramas de su niñez y espero a que la rutina la atrape. Cuando ya se estaba dando por vencida, el viento le trajo el susurro de un alma joven y al oído le dijo, "un día sin sonrisas, es un día perdido. Libertad."

-Así que me levante, Aluminé. Me sacudí las penas del cuerpo y me dispuse a repartir esa verdad con la gente, con todos los que necesiten recordar que la vida es mucho más linda si la vivimos jugando!

Mientras me contaba su historia, pense en cómo había perdido mi propia risa entre los laberintos del tiempo, de cómo me di por vencida ante la hipocresía, de cómo renuncié a mi alegría por un sueldo y debo confesar que sentí mucha vergüenza de mi misma. Me despedí con un fuerte abrazo y regrese a mi casa con la certeza de que volvía sentirme viva. Todas las mañanas sigo cruzando por la plaza, ya no voy dormida, camino con los ojos bien abiertos, buscando a Libertad con una sonrisa en el alma.

Fin.